

# Francisco Rivera: el ensayo y el fragmento

**S**ospecho que el nombre de Francisco Rivera no les dirá nada a muchos: fuera de su patria, este venezolano (Caracas, 1933) es conocido sólo en algunos círculos de la crítica hispanoamericana y del todo ignorado en España. Una de las razones por las que escribo este artículo es para lamentar ese hecho y tratar de llamar la atención de los buenos lectores y editores sobre una obra crítica que, por haber sido publicada en Venezuela —un país con una industria editorial básicamente doméstica—, es de difícil acceso. La otra razón, más importante, es la de señalar que Rivera pertenece a esa especie rara de críticos que no sólo interesa a los del oficio: un escritor con pensamiento original, informadísimo pero siempre sencillo y razonable, cuya buena prosa se entiende sin dificultad y que hace interesantes todos los temas que trata, por remotos o esotéricos que sean en principio. Es decir, un auténtico ensayista, si seguimos su propia definición de ese género.

Pese al gran Andrés Bello y otros pocos más en este siglo, Venezuela no es un país con una tradición crítica establecida y conocida. Eso hace más sorprendente (y necesaria) la presencia de Rivera en el movimiento intelectual y cultural de su país. Dentro de ese contexto sólo pueden hallársele algunas coincidencias de gusto y actitud con el poeta y crítico Guillermo Sucre, coetáneo suyo conocido sobre todo por un libro de gran difusión: *La máscara, la transparencia* (1975), repertorio crítico muy personal y penetrante sobre la poesía hispanoamericana contemporánea. Yo descubrí a Rivera hace cierto tiempo, a través de revistas y publicaciones de su país y de México, como *Vuelta*, donde ha colaborado frecuentemente. Lo leía sin estar seguro siquiera de su nacionalidad y trataba de encontrar, en algún lado, sus libros. Un día, de modo milagroso, cayó en mis manos un humilde tomito: *Inscripciones* (1981), que me produjo el placer del descubrimiento. Gracias a él me enteré de que, entre 1954 y 1963, se había formado y trabajado en el medio universitario norteamericano. Luego supe

que había traducido a Cavafis, Seferis y Pessoa; que era profesor de la Universidad Central de Venezuela. Aparte de *Inscripciones*, ha publicado varios volúmenes de ensayos, entre ellos *Ulises y el laberinto* (1983) y *Entre el silencio y la palabra* (1986). Recientemente publicó una novela: *Voces al atardecer* (1990). Algunos premios nacionales completan esta breve ficha de datos. He recibido hace poco su último libro de ensayos: *La búsqueda del fin* (Caracas: Monte Ávila, 1993), que he leído con una mezcla de admiración, satisfacción y envidia. Lo último porque es un libro que me habría gustado escribir, si conociese todo lo que conoce él. Es la obra madura de un ensayista en la plenitud de su visión crítica.

La historia de la crítica literaria es la historia de un malentendido: la palabra misma tiene una connotación negativa, que a veces hay que despejar cuando uno la usa para elogiar a un autor o una obra. Esto me recuerda la divertida anécdota que contaba Alfonso Reyes, eminente y disfrutable ensayista, sobre aquel «dramaturgo hispanoamericano cuyo nombre la piedad disimula» que cuando escuchaba la palabra *crítica*, entendía «Fulano de Tal, que una vez se metió conmigo». La crítica no es eso, aunque a veces adopte esas actitudes. Entre los extremos del rigor académico y erudito, que la reseca, y de la reseña periodística, que la trivializa, adopta muchos modos y se metamorfosea en manos de cada uno. Martí la definió espléndidamente cuando dijo que era «el ejercicio del criterio». El criterio es algo que se supone es común a todos los humanos, pero que viene en muy distintas medidas: no hay una que convenza a todos y debemos resignarnos a ese relativismo esencial. Pero la limitación que establece el elemento siempre subjetivo del juicio, puede ser también su fuerza: cada uno ve las cosas de modo diferente, cada uno complementa, amplía, corrige o refuta al otro; esa sucesión de visiones enriquece nuestro conocimiento de la literatura y la convierte en un fenómeno vivo. «Todo lo sabemos entre todos», dijo también Reyes.

Hay una crítica que se ejerce como un camino excluyente hacia la verdad, con un lenguaje hermético y con dictámenes terminantes, que tiende a convertir al crítico en un mandarín arrogante. Honestamente, esa crítica me interesa menos que la otra, la que reconoce que es sólo una aproximación a los secretos de una obra, un modo tentativo por el cual un hombre desentraña un texto y descubre que detrás hay una voz, una *persona* imaginaria, una identidad verbal que también lo interroga a él y a veces lo desafía. Ése es el momento en que la crítica se convierte en ensayo, en testimonio personal sobre lo que leemos, pensamos, sabemos o queremos saber. Ése es el tipo de crítica que cultiva Rivera, lo que queda claro desde el título *La búsqueda del fin*, que él explica así: «Inacabable y sin meta precisa es la búsqueda, y los productos de ella, que en este terreno se llaman

ensayos, deberían quizá llamarse, como los de Seferis, *dokimés*, es decir, tentativas, pruebas».

No es posible dar aquí idea de la riqueza del libro. Me limitaré a describir su estructura y a comentar brevemente lo mejor del conjunto. La obra recoge material escrito entre 1976 y 1992, y tiene tres partes: la primera ofrece un conjunto de reflexiones sobre diversos aspectos del fenómeno literario, e incluye un ensayo sobre Valéry Larbaud y dos sobre Borges (uno de ellos en forma de «entrevista imaginaria»); la segunda trae ocho trabajos críticos sobre autores venezolanos, algunos escasamente conocidos; y la tercera reúne trabajos dedicados a autores europeos (Hesse, Kafka, Balzac), clásicos antiguos y modernos (*Tristán e Isolda*, De Quincey) y escritores latinoamericanos (Eugenio de Andrade, Juarroz, Borges otra vez). Esta organización, que quizá se considere caprichosa (algún material podría emigrar de una sección a otra), personalmente me gusta porque reproduce el azar de la lectura, el curso siempre sinuoso e impredecible de la reflexión. Esa reflexión pasa de un tema a otro con gran facilidad y nos lleva por lenguas, épocas y creaciones de lo más variadas sin hacernos sentir el esfuerzo que supone no perder el rumbo de una travesía zigzagueante. Otra virtud de Rivera es su habilidad para tratar asuntos extremadamente complejos (el del amor o la enfermedad en relación con la literatura, por ejemplo) con un tono cordial, casi íntimo, y en muy poco espacio; muchos de sus ensayos no pasan de cuatro o cinco páginas. Pero lo que en ellas dice resuena en el lector con la profundidad y la convicción de una larga exposición. Elijo dos textos de la primera parte para probarlo.

En la «Carta a un amigo sobre la crítica» adopta la forma epistolar para explicar a alguien, inventado o real, lo que es la crítica. Comienza hablando en realidad del silencio, quizá porque escribe la carta un día bullicioso de carnaval, en el que se ha encerrado en casa con sus libros. Pero, en cierta manera, al hablar del silencio ha empezado a hacer crítica porque «puse en contacto en mi mente a Max Picard, filósofo del siglo XX, con un poeta español del siglo XVI (Fray Luis de León), con un poeta francés de fines del siglo XIX (Mallarmé), con un músico austriaco de la primera mitad del siglo (Anton Webern) y otro norteamericano de esta segunda mitad (John Cage) —para no hablar del teatro Noh y del profesor Herringel». Es decir, ha entretejido textos, obras artísticas e ideas formando un tapiz en el que se generan estimulantes contactos y secuencias. De allí extrae su concepción básica de la crítica: «Saber poner en relación intuitivamente una obra con otra, un texto con otro, es el primer principio de la crítica». El ensayo tiene apenas cinco páginas: en las tres últimas se plantean cuestiones como la de si es posible encarar la obra como *objeto* o como *sujeto*, y en qué casos esos enfoques son más pertinentes; la del viejo dilema de

la «forma» y el «fondo», en vez del cual propone «la idea de una obra artística (que) se expresa en toda la estructura de la obra», así como «la idea de una catedral se halla en toda la catedral, no en uno solo de sus ladrillos o sus arcos». Gran verdad: la idea de la obra está en su forma (que es irrepetible) y fuera de ella no existe. El ensayo termina considerando los problemas de la codificación y la significación —replanteados por el estructuralismo—, que Rivera esclarece recordando otras grandes verdades: que una crítica más oscura que los textos que analiza es una ridiculez, y que «el intérprete debe ponerse al servicio de la obra y no al revés».

Hay otros notables trabajos en el libro —«El tópico del libro mágico» es finísimo; «De libros y bibliotecas» es una bella confesión—, pero «De ensayos y fragmentos» me pareció el más brillante y sagaz. Es un ensayo sobre el ensayo y, en ese sentido, una autorreflexión del autor sobre los textos que estamos leyendo. Comienza refiriéndose a Yoshida Kenko, un poeta japonés del siglo XIV, como un ejemplo de retiro del mundo, meditación constante, ocio y buena lectura: las virtudes esenciales del ensayista para Rivera. Recuerda que Kenko escribió sólo fragmentos y que Montaigne, el gran creador del género, también se retiró en su castillo-biblioteca y escribió un poco al azar sobre los más diversos temas, incluso sobre los que no sabía demasiado, pues quería averiguar por qué no sabía y quién era él. Rivera extrae de allí las notas fundamentales del ensayo —fragmentarismo, individualismo, infinita variedad de temas— que lo llevan a reflexionar sobre muchas otras cosas: por qué éste es un género moderno e híbrido; sus relaciones con la libertad y el individuo; su singular propiedad de lograr la «conjunción perfecta de lo subjetivo y lo objetivo»; su brevedad innata, que plantea a cada autor la cuestión de organizarlo y darle la forma de un libro; y finalmente propone la más hermosa y ardua de todas las hipótesis: la de que todo ensayista es alguien que trata, en vano, de entablar un diálogo con otros hombres que sólo le han dejado sus textos. Diálogo roto, interrumpido, inacabado, fragmentario, que ha cambiado los conceptos del libro, el lector y la lectura.

Aunque Rivera cita a muchos autores y teóricos que hoy están de moda, lo hace sin subordinar su pensamiento a ellos, aprovechando sólo aquello que le permite descubrir y percibir lo que persigue. Su formación es académica, pero su crítica no lo es: practica una crítica *creadora*, llena de imaginación, personal, abierta a diversos enfoques y teorías. En sus manos, la crítica vuelve a ser lo que siempre debe ser: un arte, no sólo un método. Tiene ese don del hallazgo feliz, sin el cual el buen crítico no existe, pero sabe bien que nunca alcanzará plenamente su objetivo: la crítica no tiene fin.

**José Miguel Oviedo**